

Con esta geografía teje Moratín sus versos
s onoros y vacíos.

Reconociendo el mérito de las poesías de Va-
lera (no bastante estimadas en España), no es-
tamos, empero, dispuestos á admitir como ho-
raciano á un poeta que principia haciendo esta
confesión:

« Encontrar en iglesia luterana
Y en mis versos imágenes, es raro.»

(Excelente y luminosa comparación.)

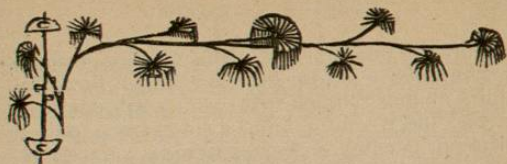
El horacianismo de Cabanyes, á quien MENÉN-
DEZ tanto admira, es más auténtico, pero quedó
en potencia y no realizado. Su sintaxis es imper-
fectísima, su métrica informe, y su poesía, por
lo tanto, no pasa de esbozos. Él mismo declara
que —

« Sobre sus cantos la expresión del alma
Vuela sin arte; números sonoros
Desdeña y rima acorde....»

Faltó á Cabanyes el arte de decir de Moratín,
y á Moratín el don de pensar de Cabanyes. Y es
sabido que no hay verdadera poesía allí donde
no se logró el consorcio del pensamiento con el
concepto y el ritmo. Un poeta, y sobre todo un
poeta horaciano, debe saber vaciar el pensa-
miento en los moldes de la poesía: *pedibus clau-
dere verba*.



APÉNDICES



APÉNDICES

I.

CARTA Á LOS SEÑORES EDITORES DEL PERIÓDICO DE SANTA FE DE BOGOTÁ, INTITULADO «CORREO CURIOSO».



SEÑORES míos: Al número 32 de su periódico han publicado Vds. una composición en estrofas líricas que se les comunicó por una carta, y que se dice traducción de la oda 3.^a del libro II de Horacio.

El sincero deseo que tengo de la sólida y general ilustración de nuestra Nueva Granada, ha tiempo que me hacía extrañar el que ninguno de tantos ingenios aplicados y laboriosos como producen estos países, se dedicase á este género de trabajo, que puede considerarse como medio el más propio para la introducción del buen gusto y destierro de la extravagancia y barbarie. Porque, efectivamente, lejos de adelantar los modernos en este ramo de literatura, parecen siempre inferiores á los antiguos. Y sin hablar de los griegos, los buenos poetas latinos, mientras tengan los hombres juicio y discernimiento, serán mirados como modelos excelentes de poesía y elocuencia, como censores incorruptibles de nuestros descaminos en una y otra facultad, y, en fin, como

cantores de una moral increíble en ellos, y capaz de confundir á los que nos gobernamos por principios de una religión toda pura y sobrenatural.

Así, luego que á bulto y sin examen pasé la vista por la composición expresada, empezó naturalmente á lisonjearme la idea de que iban ya á realizarse mis deseos. Pero confesaré á Vds. ingenuamente que se disiparon del todo esos agradables sentimientos cuando quise cotejarla con su original. Advertí, pues, que ni es traducción libre, como supone su autor, ni aun una paráfrasis siquiera, sino una especie de composición caprichosa que contiene algunos de los pensamientos de Horacio, ó invertidos ó desfigurados: se ven en ella, omitidas enteramente ó desnudas de todas las gracias, las imágenes que hermocean y dan vida á aquella pieza, y trastornados el orden y el sentido de las ideas, sustituyendo otras en su lugar que contradicen abiertamente á los originales, porque son poco dignas de la gravedad, laconismo y exquisito gusto del lírico latino. Estos trozos añadidos hacen tan redundante la versión, que llega á constar de sesenta versos, no teniendo más que veintiocho el original. Además de esto, se hallan versos mal formados, epítetos impropios y expresiones mal digeridas.

Y aunque yo no me considero capaz de dar lecciones á Vds., lo que sería un atrevimiento, sin embargo, porque no se piense que alguna pasión indigna me mueve á hacer estos reparos, y no más bien el celo así del buen crédito del papel de Vds., como de los progresos de nuestro reino en la buena literatura, voy á anotar algunos de los defectos que dejo expresados.

Las imágenes de un prado oculto y retirado del bullicio; del vino señalado con su epígrafe y guardado por exquisito en un lugar secreto; de los dos árboles que amigablemente enlazan sus ramas para formar una sombra agradable á los huéspedes; del agua fugitiva que, como empe-

ñada en vencer los obstáculos que entorpecen su curso, se conmueve y salta á cada seno ó tropiezo que le opone un cauce tortuoso; del estambre negro de las Parcas, que termina ó dilata la vida del hombre, según que ellas lo cortan ó lo dejan correr; de los bosques adquiridos con el dinero, casa de campo y alquería fundada sobre la orilla del Tiber, que la baña y alegra; del que por su poder y riquezas presume descender de algún Rey tan célebre como Inaco, ó que por su extrema miseria no tiene lecho fijo, y mora á la inclemencia de los temporales; de la urna ó cántaro de las suertes que se conmueve ó sacude continuamente, y de la suerte respectiva de cada uno, que saldrá por fin y lo pondrá por sí misma en la funesta barca para ser transportado á eterno destierro: todas estas imágenes, repito, tan expresivas y oportunas, ó están enteramente suprimidas, ó tan desfiguradas que no se conocen.

¿Y qué diremos de las contradicciones é inconsecuencias? Horacio aconseja á su Delio la serenidad de ánimo en los casos adversos ó dificultosos y la moderada alegría en la prosperidad; pero el traductor sólo pide lo primero en una y otra situación, valiéndose de la voz «cautela», poco propia para expresar la práctica de una virtud. Supone el poeta que Delio quiere alegrarse en los días festivos, y que se dispone á ello por medio de buen vino; pero el traductor ya lo supone alegre, y mira el uso del vino como una consecuencia de su alegría. Añade el original que esto debe ser en un pradillo sombrío y retirado del tumulto; mas el dicho coloca este sitio en el mismo «camino», voz de que se vale sólo por ser consonante de «pino». Horacio, finalmente, sugiere á Delio que haga llevar á aquel punto vinos, ungüentos y rosas. Pero nuestro traductor se avanza á decir que «allí nacen las rosas», y que naturaleza ostenta en aquellos prados la grande-

za de sus tesoros, produciendo una uva excelente y un vino dulce y generoso.

Tampoco pueden disimularse las impropiedades de sustituir la muerte con su guadaña en lugar de las tres parcas con el copo, estambre y tijeras, según la mitología pagana; de suponer que un heredero entre en posesión de los «honores, dichas y grandezas» de quien le dejó su caudal, como si estas cosas fueren inseparables, y como si se pudiese testar de las honras y felicidades lo mismo que de los demás bienes; de llamar «jardín» á un bosque, «palacio suntuoso» á una casa de campo, y «plácido confin» á una alquería ó depósito de los granos y menesteres de una hacienda, dando el epíteto de «florido» á un césped, que debe considerarse cubierto de hierba y no de flores. Ya se ve cuánto choca esto con la delicadeza de Horacio, cuyos epítetos son otras tantas definiciones.

Pero todo lo dicho no sería aún tan notable, si, por otra parte, no fuese tanta la redundancia de la composición. El verso tercero, y desde el séptimo hasta el último de la 1.^a estrofa, los tres últimos de la 2.^a, el primero, quinto, sexto y parte del décimo, y el último de la 3.^a, desde el quinto hasta el noveno y el último de la 4.^a, y desde el quinto hasta el noveno de la 5.^a, son enteramente añadidos, ó, por lo menos, contienen pensamientos que casi no se dan la mano con los del poeta.

Por lo que mira á la formación material, debieran excluirse los que concluyen en las palabras *adversidad, jardín, confin, Plutón, Cargón*, pues no debiendo entrar en dicha pieza sino versos de siete y de once sílabas, los referidos tienen diez, y la última larga, cosa la más opuesta al carácter y leyes del endecasílabo, por lo cual, y por su mal sonido se conforman más bien, aunque no del todo, con los antiguos y desapacibles alexandrinos.

Ahora bien : Vds. saben que una traducción, por más libre que se considere, no es otra cosa que una copia de una pintura original, que, si bien no pueda representar toda la viveza de la expresión y nativos colores, sigue, no obstante, y conserva con tanto esmero todos los rasgos y movimientos de la fisonomía, que quien la ve, pueda formar una idea clara, aunque no distinta, del original. Conforme á este principio, generalmente recibido, no puede el traductor inmutar, añadir ó quitar según su capricho, sino que está obligado á seguir é imitar, no servilmente, sino de un modo libre y acomodado al carácter y naturaleza del idioma en que traduce. Así, toda la libertad que puede tomarse se reduce á valerse de rodeos naturales que aclaren más las frases ambiguas ó las expresiones obscuras ó enfáticas, y también de voces que, aunque no tengan la misma energía y extensión, expresen todo lo posible los pensamientos é imágenes; á aplicar alguna vez, pero sin afectación, un epíteto propio y adecuado que llene su verso, sin variar la sentencia ni oponerse al genio del escritor; y, finalmente, á anteponer, cuando lo pida el caso, la cláusula ó expresión que se halla pospuesta en el original, y que en él es natural y consiguiente, pero que en la traducción parecería sin la necesaria trabazón y consecuencia. Tales son las leyes que pueden deducirse de las traducciones generalmente acreditadas que he visto y cotejado.

Bien conozco la gran dificultad de traducir en versos castellanos los latinos, que pondera el traductor, y singularmente los de Horacio, que él no pondera. Pero en tomándose la libertad de quitar, añadir, desfigurar, invertir, y, por decirlo de una vez, estropear todas las partes del original, sin hacer aprecio de la viveza y exactitud de sus pensamientos, ni de la belleza y naturalidad de sus imágenes, ni de la gracia y energía de sus expresiones, queda entonces ya disipada y

vencida toda la dificultad. Pero esto no será traducción, sino, como nota D. Tomás de Iriarte, «un voluntario escaramuzar en el campo de Horacio». En tal caso, sería más oportuno aplicarse á composiciones de propia invención, adornándolas con imágenes y pensamientos de aquel poeta, que dedicarse á traducirlas de propósito; pues de lo primero se sacarían muchas ventajas, y lo segundo no sería otra cosa que corromper y dar motivo para que se formen ideas bajas de este precioso ejemplar del buen gusto, al cual no debemos acercarnos sino con respeto y veneración. No digo esto para que desmayen los aplicados, y el traductor de esta oda abandone los trabajos que tuviere emprendidos, sino para que aquellos que se sintieren con talentos proporcionados, prevegan de antemano los auxilios necesarios á esta delicada operación, y se apliquen á ejecutarla con todo el esmero y atención que se merece.

Yo celebro infinito que ninguno de Vds. sea el autor de esta composición y que no pueda imputárseles sino la demasiada indulgencia con que han querido darle lugar en su *Correo*, indulgencia que de ningún modo atribuyo á falta de conocimiento y buena crítica, sino á exceso de moderación y deseo de complacer al público con lo que da el país. Pero esto puede acreditar muy poco el proyecto de Vds. y malograr sus sanas intenciones, porque no faltan en todas las ciudades del reino hombres de sólida instrucción y discernimiento. Así parece muy extraño que Vds., al número octavo de ese citado papel, hayan tenido el arrojo de fijar en esta ciudad y provincia ¹ los límites del imperio del idiotismo, con la circunstancia de ponernos á un nivel con los Turcos, injuria muy sensible ciertamente, y que ignoramos sobre qué recaiga ni en qué fundamentos deba apoyarse. Pero es claro que estos papeles

¹ Popayán.

fácilmente pasan los mares y pueden llegar á manos de los cultos europeos, y yo dejo á la consideración de Vds. el juicio que harán de nosotros y de nuestras obras literarias, y si se desimpresionarán ó se confirmarán más en la grosera opinión en que nos tienen.

Estas reflexiones me movieron á corregir de algún modo la traducción de aquella oda, y á traducir también las dos anteriores del mismo libro, que tengo el honor de incluir á Vds., no para proponerlas por modelos acabados, pues estoy muy lejos de pensar con esa arrogancia, sino solamente para que se vea que este género de trabajo es susceptible de mayor diligencia y exactitud. No he querido ligarme en ellas á cierto número de estrofas, porque, no destinándose al canto, parece cosa inútil sujetarse á estas pausas y medidas é imponerse una nueva ley casi tan dura como la del consonante, cuando la silva, más libre y desembarazada, y acaso más bella y natural, no es menos propia de las composiciones líricas.

Si Vds., señores editores, hicieren á mis reflexiones el acogimiento que me promete la sinceridad y generosa intención con que las dirijo, y si juzgaren las traducciones dignas de la prensa, tendré mucha satisfacción en concurrir del modo que pueda á sostener la útil tarea que voluntariamente se han tomado. En primer lugar, remitiré á Vds., cuando lo permitan mis ocupaciones, la traducción de todas las odas del mismo Horacio, empezando desde la primera, y omitiendo solamente aquellas que de algún modo ofendan la decencia y la honestidad.—*Mariano del Campo Larraondo y Valencia.*

II.

LAS POESÍAS DE HORACIO, TRADUCIDAS EN VERSOS CASTELLANOS, CON NOTAS Y OBSERVACIONES, POR D. JAVIER DE BURGOS.—OBRA DEDICADA AL REY.

Pocos poetas han dado muestras de un talento tan vario y flexible como el de Horacio. Aun sin salir del género lírico, ¡bajo cuánta multitud de formas se nos presenta! No es posible pasar con más facilidad que él lo hace de los juegos anacreónticos á los raptos pindáricos, ó á la majestuosa elevación de la oda moral. El posee los varios tonos en que sobresalieron el patriótico Alceo, el picante Arquiloco y la tierna Safo, haciéndonos admirar en todos ellos una fantasía rica, un entendimiento cultivado, un estilo que se distingue particularmente por la concisión, la belleza y la gracia, pero acomodado siempre á los diversos asuntos que trata, y, en fin, una extremada corrección y pureza de gusto. Pero mucho más raras deben ser, sin duda, la flexibilidad de imaginación y la copia de lenguaje necesarias para transportarnos, como él nos transporta, de la magnificencia y brillantez de la oda á la urbana familiaridad, la delicada ironía, la negligencia amable de la especie de sátira que él levantó á la perfección, y en que la literatura moderna no tiene nombre alguno que oponer al de Horacio. No es grande la distancia entre las sátiras y las epístolas, y, con todo, el poeta ha sabido variar diestramente el tono y el estilo, haciéndonos percibir á las claras la diferencia entre la libertad

del razonamiento ó la conversación, y la fácil cultura de la carta familiar, que, sin dejar de ser suelta y libre, pide cierto cuidado y alíno como el que distingue lo escrito de lo hablado. Y aunque su gran poema didáctico pertenece en rigor á esta última clase, tiene dotes peculiares en que el ingenio de Horacio aparece bajo nuevos aspectos, tan comprensivo y rápido en los preceptos como ameno en la expresión de las verdades teóricas del arte que enseña; maestro á un mismo tiempo y modelo.

Sería, pues, casi un prodigio que un traductor acertase á reproducir las excelencias de un original tan vario, juntándose á las dificultades de cada género las que en todos ellos nacen de la sujeción á ideas ajenas, que, privando al poeta de libertad para abandonarse á sus propias inspiraciones, no puede menos de entibiar en muchos casos el estro, y de hacer casi inasequibles aquella facilidad y desembarazo, que tan raras veces se encuentran aun en obras originales. El autor tiene siempre á su arbitrio presentar el asunto de que trata bajo los aspectos que mejor se acomodan, ó con su genio, ó con el de su lengua, ó con el gusto de su nación y de su siglo. Al traductor, bajo todos estos respetos, se permite muy poco.

No nos admiremos, pues, de que sean tan contadas las buenas traducciones en verso, y de que lo sean, sobre todo, las de aquellas obras en que brilla una simplicidad que nos enamora por su mismo aparente descuido. Así Homero será siempre más difícil de traducir que Virgilio, y Lafontaine infinitamente más que Boileau. Juvenal ha tenido excelentes traductores en algunas lenguas modernas; ¿pero qué nación puede gloriarse de haber trasladado con tal cual suceso á su idioma las sátiras y epístolas del poeta venusino?

Prevenidos por estas consideraciones para apreciar en su justo valor los aciertos, y mirar con

indulgencia los defectos de la nueva traducción de Horacio, no la creemos, sin embargo, capaz de contentar al que haya medido en la lectura de los poetas clásicos de la España los recursos de la lengua y versificación castellana, y que contemple la distancia á que el Sr. Burgos ha quedado de Horacio, particularmente en los dos géneros que acabamos de mencionar. La primera cualidad de que debe estar bien provisto un traductor en verso es el fácil manejo de la lengua y de los metros á que traduce, y no vemos que el Sr. Burgos la posea en un grado eminente. Su estilo no nos parece bastante poético, ni su versificación fluida y suave. Pero en lo que juzgamos que este caballero desconoció totalmente lo desproporcionado de la empresa á sus fuerzas, y pasó los límites de una razonable osadía, es en la elección de las estrofas en que ha vertido algunas odas. Así le vemos, violentado de las trabas métricas que ha querido imponerse, unas veces oscurecer el sentido y otras debilitarle. Un poeta lírico debe traducirse en estrofas; pero hacerlo en estrofas dificultosas, es añadir muchos grados á lo arduo del empeño en que se constituye un intérprete de Horacio, que trata de dar á conocer, no sólo los pensamientos, sino el nervio y hermosura del texto.

Pero aunque juzgamos poco favorablemente del mérito poético de esta versión (y en ello creemos no alejarnos mucho de la opinión general), no por eso desestimamos el servicio que el señor Burgos ha hecho á la literatura castellana, dándole en verso (no sabemos si por la primera vez) todas las obras de aquel gran poeta; ni negaremos que nos presenta de cuando en cuando pasajes en que centellea el espíritu del original. Hallamos casi siempre en el Sr. Burgos, no sólo un intérprete fiel, sino un justo apreciador de las bellezas y defectos de lo que traduce, y bajo este respecto consideramos sus observaciones críticas muy á

propósito para formar el gusto de la juventud, aficionándola al genio osado y severo de las musas antiguas, y preservándola de aquella admiración ciega, que, por el hecho de hallarlo todo perfecto, se manifiesta incapaz de estimar dignamente lo que merece este título.

Parécenos justo comprobar nuestro juicio, poniendo á la vista de nuestros lectores algunas muestras del apreciable trabajo del Sr. Burgos. Y empezando por la parte lírica, copiaremos desde luego la más bella de sus traducciones, que por tal tenemos la de la oda 13.^a del libro 1:

« Cuando tú, Lidia, alabas
 Los brazos de Telefo,
 Y de Telefo admiras
 El sonrosado cuello,
 La bilis se me inflama,
 Y juicio y color pierdo,
 Y asómanse á mis ojos
 Lágrimas de despecho,
 Que á mi despecho corren,
 Indicios de este fuego
 Que lentamente abrasa
 Mi enamorado pecho.
 Ardome si á tus hombros
 En desmandado juego
 El tierno cutis aja,
 O si en tus labios bellos
 El diente agudo clava
 Beodo el rapazuelo.
 ¡ Ah! Créeme, y no juzgues
 Que el amor será eterno
 De ese que ahora mancha
 Con sus labios groseros
 Tu boca deliciosa,
 Que plugo á la alma Venus
 Inundar con su néctar,
 Perfumar con su incienso.
 ¡ Mil y miles de veces
 Venturosos aquellos
 Que une en grata coyunda
 Amor con lazo estrecho,
 Lazo que no desatan

Las quejas ni los celos !
El último suspiro
Sólo podrá romperlo.»

No nos agrada ni la repetición de *despecho*, que, si estudiada, es de mal gusto, ni el recíproco *ardome*, de que no nos acordamos haber visto otro ejemplo en el estilo noble, ni el *inundar una boca con néctar*, ni el *suspiro que rompe un lazo*. A pesar de estos y algún otro casi imperceptible lunar, hay naturalidad, hay ternura en esta composición, y si el Sr. Burgos hubiera traducido siempre así, dejaría poco que desear.

El examen que vamos á hacer de la oda 3.^a del libro II nos dará ocasión de notar, junto con algunas que nos parecen inadvertencias en la interpretación, la especie de defectos en que ha incurrido más frecuentemente el traductor.

« Si de suerte importuna
Probares la crueza ,

1 Agregamos el texto latino para facilitar el cotejo :

«Aequam memento rebus in arduis
Servare mentem, non secus in bonis
Ab insolenti temperatam
Laetitia, moriture Deli,
Seu moestus omni tempore vixeris,
Seu te in remoto gramine per dies
Festos reclinatam bearis
Interiore nota Falerni,
Qua pinus ingens albaque populus
Umbram hospitem consociare amant
Ramis, et obliquo laborat
Lympha fugax trepidare rivo.
Huc vina et unguenta et nimium breves
Flores amoenae ferre iube rosae,
Dum res et aetas et sororum
Fila trium patiuntur atra.
Cedes coemptis saltibus, et domo,
Villaque, flavus quam Tiberis lavit,
Cedes, et exstructis in altum
Divitiis potietur haeres.
Divesne, prisco natus ab Inacho,
Nil interest, an pauper et infima
De gente sub dio moreris
Victima, nil miserantis Orci.
Omnes eodem cogimur: omnium
Versatur urna; serius, oclis
Sors exitura et nos in aeternum
Exsiliu[m] impositura cymbae.»

Muestra serenidad, Delio, y firmeza,
Y en la feliz fortuna
Moderada alegría,
Que de morir ha de llegar el día.
Ora en honda tristura
Hayas hasta hoy yacido,
O en la pradera solitaria, henchido
El pecho de ventura,
Del falernio collado
Hayas bebido el néctar regalado.
Donde pino coposo,
Donde gigante tilo
Preparar aman con su sombra asilo,
Y el raudal bullicioso
Por el cauce torcido
Con afán rueda y apacible ruido.
Pues que no tu contento
Turban cuitas ni canas,
Ni el negro estambre de las tres hermanas,
Aquí suave unguento,
Y vino traer manda
Y rosas que marchita el aura blanda.
Muriendo, el placentero
Vergel y el bosque umbroso,
Y tu quinta que baña el Tibre undoso,
Debes á tu heredero
Dejar, que ufano gaste
El oro que afanado atesoraste.
Que ora opulento seas,
E Inaco tu ascendiente,
Ora de baja alcurnia descendiente,
Ni humilde hogar poseas,
De la vida el tributo
Has de pagar al inflexible Pluto.
Ley es la de la muerte,
Y de todos los hombres
En la urna horrible agítanse los nombres:
Ahora y luego la suerte
A la nao lanzarános,
Y á destierro sin fin condenarános.»

No nos satisface ni la *crueza de suerte importuna* comparada con la brevedad y eufemismo de *rebus arduis*, ni la tautología de *serenidad y firmeza*, que debilita la concisión filosófica de *aequam*

mentem; ni mucho menos aquella rastrera trivialidad « que de morir ha de llegar el día », en que se ha desleído el vocativo *moriture*. Pero la estrofa segunda adolece de defectos más graves.

Hasta hoy es una añadidura que oscurece el sentido, porque el intervalo entre este día y el último de la vida se comprende necesariamente en el *omni tempore* del texto. Esto, en cuanto á la substancia. En cuanto á la expresión *yaído*, es desusado; *tristura*, anticuado (y aquí notaremos de paso que el Sr. Burgos incurre bastante en la afectación de arcaísmos de la escuela moderna); *el pecho henchido de ventura*, impropio, porque *ventura* no significa una afección del alma; y casi toda la estrofa, una recargada amplificación del original.

Nuestro traductor alaba con razón, como uno de los mejores cuartetos de Horacio, el tercero. « Obsérvese, dice, *pinus ingens, alba populus, umbram hospitalem, lympha fugax, obliquo rivo*, en cuatro versos. Obsérvese asimismo la frase atrevida *laborat trepidare*, que la índole excesivamente tímida de las lenguas modernas no permite traducir. El verbo *consociare* está empleado del modo más atrevido que lo fué jamás: *Consociare amant umbram hospitalem*, es una manera de expresarse muy singular, reprehensible tal vez en una obra mediana, pero admirable en uno de los cuartetos más ricos, más armoniosos que produjeron las musas latinas. » La traducción de este pasaje tan maestramente analizado es una prueba melancólica de que el gusto más fino puede no acertar á reproducir las bellezas mismas que le hacen una fuerte impresión. ¡Preparar aman con su sombra asilo! ¿No es durísimo el preparar aman? ¿Y dónde está el *consociare*, que es el alma de la expresión latina? ¿Qué lánguida, comparada con la acción específica de este verbo, la idea vaga y abstracta de preparar! La *sombra hospedadora* de Horacio es un compuesto, cuyos

elementos, disueltos en la expresión castellana, sustituyen á la obra viviente de la imaginación un frío esqueleto. Hasta la variedad de colores de *pinus ingens* y *alba populus* desaparece en la versión. El raudal ha tenido mejor suerte que los árboles; pero *ruído* repite el concepto de *bullicioso*, y *apacible* es algo contradictorio de *afán*.

En la cuarta estrofa se echa menos el *nimum breves*, expresión sentida, que alude finamente á lo fugitivo de los placeres y dichas humanas; y la blandura del aura no es tan del caso como la amenidad de las flores, cuya corta duración aflige al poeta. En cuanto á los comentadores que encuentran mal sonante el *amoenae ferre jube rosae*, no responderíamos con el Sr. Burgos que Horacio no estaba obligado á decir siempre lo mejor, sino que este poeta se propuso contentar el oído de sus contemporáneos, no el nuestro; que la desagradable semejanza que hallamos nosotros en las terminaciones de estas cuatro voces, sólo se debe á la corrupción del latín; y que en los buenos tiempos de esta lengua la *e* final de *ferre*, la de *jube*, y el diptongo con que terminan *amoenae* y *rosae*, sonaban de muy diverso modo.

El *afanado atesorar* de la quinta estrofa no es de Horacio, ni hubiera sido un delicado cumplimiento á su amigo. Aún nos parece más defectuosa la sexta por la pobreza de las rimas segunda y tercera; por la obscuridad del cuarto verso, donde *ni* significa algo forzosamente *ni aun*; y por confundirse á Plutó y Pluton, que eran dos divinidades distintas. Pero la peor de todas es, sin disputa, la última, y en especial los dos versos finales, por aquel intolerable uso de los pronombres enclíticos, de que el Sr. Burgos nos ha dado tantos ejemplos.

Observaremos también que *urna* no es el sujeto de *versatur*, como parece haberlo creído este caballero, si hemos de juzgar por la puntuación

que da al texto latino, y aun por la versión castellana ¹.

Otros descuidos de esta especie hemos creído encontrar en las odas, y por lo mismo que son raros, quisiéramos que (si no nos engañamos en el juicio que hemos hecho del verdadero sentido del texto) desapareciesen de una versión cuyo principal mérito es la fidelidad. Ya desde la oda 1.^a del primer libro tropezamos en aquel pasaje:

« A esotro lisonjea
Que le aplauda y le eleve
Del uno en otro honor la fácil plebe:
Otro ansioso desea,
Cuanto en las eras de Africa se coge
Guardar en su ancha troje:
A otro que su heredad cultiva ufano
No el tesoro riquísimo empeñara
De Atalo á que surcara
Timido navegante el mar insano. »

Prescindiendo de lo floja y descoyuntada, por decirlo así, que quedaría la construcción del pasaje latino, si se le diera este sentido, ¿quién no percibe que las imágenes de *guardar cosechas en trojes*, y de *cultivar los campos paternos*, denotan una misma profesión, que es la del labrador? Horacio, pues, habría dicho que unos gustan de labrar la tierra y otros también. Pero no dijo tal. *Gaudentem* es un epíteto de *illum*; y aprovechando lo que hay de bueno en la versión del señor

¹ Constrúyase: *sors omnium, serius vel ocius exitura, et nos impositura cymbae in aeternum exsilium, versatur urna*. De otro modo se pecaría contra las leyes métricas.

² « Hunc, si mobilium turba quirittum
Certat tergeminis tollere honoribus;
illum, si proprio condidit horreo
Quidquid de libycis verritur areis;
Gaudentem patrios findere sarculo
Agros, attalicis conditionibus
Nunquam dimoveas, ut trabe cypria
Myrtoum pavidus nauta secet mare. »

Burgos, pudiéramos expresar así la idea del poeta:

« Al uno si le ensalza
A la cumbre de honor la fácil plebe,
Al otro si en su troje
Cuantos granos da el África recoge,
Y con la dura azada
Abrir el campo paternal le agrada,
No el tesoro, » etc.

En la oda 3.^a del mismo libro (que es una de las más elegantemente vertidas) leemos:

« De bronce triple cota
El pecho duro guarneció sin duda
Del que fió primero
El leño frágil á la mar sañuda,
Sin ponerle temor su abismo fiero. »

No alcanzamos de qué provecho pudiera ser una armadura de bronce contra los peligros del mar. Horacio no dice esto, ni cosa que se le parezca; lo que dice es:

« De roble y triple bronce tuvo el pecho
El que fió primero á la sañuda
Mar una frágil tabla, » etc.

Modo de decir que se encuentra substancialmente en otros poetas para ponderar la impavidez ó la dureza de corazón ¹.

¹ En este sentido da Teócrito á Hércules el epíteto de *corazón de hierro*, y en el mismo dijo Tibulo:

« Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?
Quam ferus et verè ferreus ille fuit! »

Lo que pudo inducir en error á algunos comentadores fué la expresión *circa pectus*, que en este pasaje se aparta algo de la acepción común, significando *in pectore*, no de otra manera que, sin salir de Horacio, tenemos en la oda 25.^a de este mismo libro:

« Quum tibi flagrans amor, et libido
Quae solet matres furiare equorum,
Saeviet *circa* jecur, »

esto es, *in jecore*, porque esta entraña, según Platón y otros antiguos filósofos, era el asiento del amor.

Disentimos asimismo de la construcción que el Sr. Burgos da á las dos primeras estrofas de la oda 13.^a del libro II :

« Aquel que te plantara ,
Arbol infausto , en ominoso día ,
Y el que con diestra impía
Después te trasladara
A do su descendencia destruyeras ,
Y la mengua y baldón del lugar fueras ,
En la noche sombría
Con sangre de su huésped inmolado ,
De su hogar despiadado
El suelo regaría ,
Y hierro atroz ó criminosa planta
Pondría de su padre en la garganta. »

La mente de Horacio es : el que te plantó , en mal punto lo hizo , para daño de su posteridad : él

« Ille et nefasto te posuit die ,
Quicumque primum , et sacrilega manu
Produxit , arbos , in nepotum
Perniciem , opprobriumque pagi :
Illum et parentis crediderim sui
Fregisse cervicem , et penetralia
Sparsisse nocturno cruore
Hospitis. . . »

Súplanse en la oración incidente los verbos de la principal, y mediante esta elipsis tan natural como elegante, construiremos así : « Quicumque primum te posuit et produxit, ille et nefasto die te posuit, et sacrilega manu produxit. Crediderim illum et fregisse cervicem. . . et sparsisse. » etc. El Sr. Burgos construyó : « Ille quicumque te nefasto die possuit, et sacrilega manu produxit, crediderim illum et fregisse. . . et sparsisse. » Donde, prescindiendo de la dislocación de ideas, es necesario tragar el solecismo *ille crediderim fregisse*. Y poco se ganaría leyendo *illum et nefasto* con Nic. Heinsio y Cunningham, contra la fe de todos los manuscritos, porque es innegable que aun así quedaría violenta y embrollada la construcción. El pasaje siguiente de Hor. ilustra y confirma la nuestra (que es la de Baxter, Gesner y otros) :

« Casu tunc respondere vadat
Debebat; quod ni fecisset, perdere litem. »
(Sat. I, IX.)

Esto es, *debebat perdere*, supliendo en la oración incidente el verbo de la oración principal.

fué sin duda un sacrilego, un parricida, un asesino de sus huéspedes. La del Sr. Burgos es : el sacrilego que te plantó en mal punto para daño de su posteridad, fué un asesino, un parricida ; en otros términos, el *malvado* que te plantó, fué un *malvado*.

La primera de las estrofas anteriores nos ofrece un ejemplo del uso impropio del antiguo pluscuamperfecto de indicativo (*plantara, trasladara*), abuso de que hemos hablado en otra parte, y en que incurre el Sr. Burgos con harta frecuencia. Además, *el que te plantara* y *el que te trasladara* señalan dos personas distintas; duplicación que no autorizará el original, de cualquier modo que se le construya, y que sólo sirve para embarrasar más la sentencia. ¿Y á qué la *criminosa planta* de la segunda estrofa? ¿Representa ella naturalmente un instrumento de muerte? Y si no lo hace, ¿qué gradación hay del hierro atroz al pie criminal? ¿O se habla por ventura de un tóxico? Si es así, la expresión es oscura; y de todos modos no había para qué duplicar la idea del parricidio.

Se dirá tal vez que donde no están de acuerdo los comentadores, era libre á un traductor, y sobre todo á un traductor en verso, escoger la interpretación que le viniese más á cuento. Nosotros no hemos hecho mérito sino de aquellas que, en nuestro concepto, envuelven un yerro grave de gramática, ó un evidente trastorno del sentido. Pero sin insistir más en esta clase de observaciones, haremos una sola con relación á las de la obra castellana, confesando, empero, estar generalmente escritas con juicio y gusto, y ser ésta una de las partes en que estimamos más digno de aprecio el trabajo del traductor.

«El hombre de conciencia pura (dice Horacio en la oda 22.^a del libro I) nada tiene que temer, aunque peregrine por los más apartados montes y yermos. Así yo, mientras cantando á mi Lá-

lage, me internaba distraído por los bosques sabinos, vi huir delante de mí un disforme lobo, monstruo horrible, cual no se cría en las selvas de Apulia, ni en los desiertos de la abrasada Numidia, nodriza de leones. Ponme en los hielos del Norte, ponme en la zona que la cercanía del sol hace inaccesible á los hombres, y amaré la dulce sonrisa y la dulce habla de Lálage.» La segunda parte, dicen, no corresponde á la gravedad de la primera, y la tercera no tiene conexión ni con una ni con otra. ¿Pero no es propio de la ingenuidad y candor que respira esta oda, abultar el peligro de una aventura ordinaria, y atribuir la incolumidad al favor de los dioses, amparadores de la inocencia? Esta juvenil simplicidad se manifiesta á las claras en la ponderada calificación de la fiera, que, después de todo, no es más que un lobo de las cercanías de Roma. Pero el poeta se acuerda de Lálage, se representa vivamente su dulce habla y su dulce sonrisa, y la jura un amor eterno. La idea de este amor se asocia en su alma con la idea de una vida inocente y sin mancha, que le asegura en todas partes la protección del cielo: transición adecuada á la índole de esta ligera y festiva composición. El Sr. Burgos dice que no se puede adivinar si es seria ó burlesca. No es uno ni otro. Este candor ingenuo está á la mitad del camino que hay de lo grave á lo jocoso. El que quiera ver aún más claro cuán lejos estuvo de percibir el verdadero tono y carácter de esta pieza, quien pudo así juzgarla, lea su traducción por D. L. F. de Moratín, que los representa felicísimamente.

Pasando de las odas á las sátiras y epístolas castellanas, sentimos decir que no percibimos en éstas ni la exquisita elegancia, ni el desenfado, ni la gracia que hacen del original un modelo único. Rasgos hay sin duda de bastante mérito, esparcidos acá y allá, pero á trechos sobrado largos. Ninguna de ellas se puede alabar en el todo,

ya por lo desmayado y prosaico del estilo en que por lo general están escritas, ya por la poca fluidez del verso. Cotéjense los pasajes que siguen con los correspondientes de Horacio, y dígase si los ha animado el espíritu de este gran poeta. Hemos hecho uso de los que casualmente nos han venido á la mano.

« ¡Venturoso el soldado!
Va á la guerra, es verdad; pero *al instante*
Muere con gloria ó tórnase triunfante. »

La expresión no es correcta. El soldado no muere ó triunfa en el momento de salir á campaña.

« ¿Qué más da que posea
Mil ó cien aranzadas el que vive
Según naturaleza le prescribe?—
Mas siempre es un encanto
Tomar de donde hay mucho.—Y mientras puedo
De un pequeño montón tomar *yo tanto*,
¿Valdrán más que mi saco tus paneras?
Lo mismo es así hablar, que si dijeras
Agua para beber necesitando:
Quiero mejor que de esta humilde fuente
Irla á beber al *rápido torrente*. »

Entre estos versos hay algunos felices; pero *tomar tanto por tomar otro tanto* nos parece algo obscuro; ni Horacio habla de torrente, sino de un gran río, imagen que contrasta aquí mucho mejor con la de la fuente.

« Es la ociosidad, hijo, una sirena:
Húyela, ó á perder hoy te acomoda
El buen concepto de tu vida toda. »

Aquí no hay más que el pensamiento de Horacio expresado en un verso durísimo, y en otros dos, que no tienen de tales más que la medida.

« Yo mismo vi á Canidia arremangada,
Descalza, los cabellos esparcidos, »

Y por la amarillez desfigurada,
Dar con Sagana horrendos alaridos ¹.»

Cualquiera percibirá cuánto realzan el cuadro de Horacio el *vadere* y el *nigra palla*, que es, como si dijéramos, el movimiento y el ropaje de la figura, y que el traductor se dejó en el tintero. Ni *arremangada* expresa lo que *succinctam*. *Arremangada* hubiera sido, si no nos engañamos, más propio.

En la fábula de los dos ratones, con que termina la sátira 6.^a del libro II, derramó Horacio profusamente las gracias de estilo y versificación, haciéndola, no obstante la tenuidad del sujeto, una de sus producciones más exquisitas. Comparemos:

«Á un ratón de ciudad un *campesino*,
Su amigo y camarada,
Recibió un día en su *infeliz* morada.»

El primer verso es anfibológico. Un *campesino* significa un hombre del campo, y no significa otra cosa. ¿Y cómo pudo el Sr. Burgos llamar infeliz la morada del ratón campesino, sin reparar que este epíteto se halla en contradicción con la moral de la fábula?

«En nada clava el *ciudadano* diente.»

¿Pinta este verso, como el *tangents male singula dente superbo* al convidado descontentadizo, que prueba de todo y nada halla á su gusto? ¿Y puede darse á un diente el epíteto de ciudadano?

«Al pueblo entrambos marchan convenido
Para llegar después de obscurecido.»

¿Dónde está la expresiva elegancia del *nocturni subrepere*? Los versos castellanos pudieran con-

¹ «Vidi egomet nigra succinctam vadere palla
Canidiam, pedibus nudis, passoque capillo,
Cum Sagana majore, ululantem....»

venir á dos hombres, ó á dos entes animados cualesquiera. Los de Horacio nos ponen á la vista dos ratoncillos.

Algo tienen de poético los que siguen:

«En medio estaba ya del firmamento
La luna, cuando el par de camaradas
Entróse en un alcázar opulento,
Donde colchas en Tiro fabricadas
Soberbias camas de marfil cubrían,
Y aquí y allí se vían
Mucha bandeja y mucha fuente llena
De los residuos de exquisita cena.
Sobre tapiz purpúreo al campesino
El ratón de ciudad coloca *sino*:
Por doquier diligente corretea,
Y de todo á su huésped acarrea,
Y como fueros de criado *lleva*.
De cuanto al otro sirve, él también prueba.
De mudanza tan próspera gozaba
Y por ella su júbilo mostraba
El rústico ratón; más de repente
De gente y puertas tráfago se siente.
Echase de las camas los ratones,
Y atravesando en fuga los salones,
Van con doble razón despavoridos,
Pues oyen de los perros los ladridos.»

¡Pero qué débil este último verso, comparado con el *domus alta molossis personuit canibus*, en que oímos el ladrido de los perros de presa, que llena todo el ámbito de un vasto palacio! Aún es peor la conclusión:

«El campesino al otro entonces dice:
No esta vida *acomódame* infelice.
¡Adiós! Seguro y libre, yo prefiero
A estas *bromas* mi bosque y mi agujero.»

La índole del estilo familiar no se aviene con las violentas transposiciones del Sr. Burgos, ni el buen gusto con sus voces y frases triviales.

La parte ilustrativa de las sátiras y epístolas se hace notar por la misma sensata filosofía y delicado gusto que caracterizan la de las odas. Desea-

ríamos, empero, que se escardase de algunos (en nuestro sentir) graves errores. Citaremos unos cuantos que hemos encontrado en las notas á la sát. 10 del libro 1.

«*Pater latinus* (se nos dice al verso 27) designa evidentemente al viejo Evandro, á quien Virgilio dió la misma calificación en el libro VII de la *Eneida*.» Ni Horacio ni Virgilio pudieron dar tal calificación á un príncipe griego.

En la nota al verso 43 se dice que «en los versos yambos y coreos se llevaba la medida de dos en dos pies, y entonces se llamaban trímetros, así como se llamaban senarios cuando se hacía la cuenta por medidas prosódicas.» Pero primeramente no hay versos yambos ni coreos. El señor Burgos quiso decir yámbicos y trocaicos. En segundo lugar, es inexacto decir que estos versos, cuando se llevaba la medida de dos en dos pies, se llamaban trímetros, porque es sabido que en tal caso podían llamarse también dímetros ó tetrámetros, según el número de medidas ó compases de que constaban. 3.º Cuando se hacía la cuenta de otro modo, no por eso se llamaban necesariamente senarios, sino sólo cuando constaban de seis pies. Y 4.º Querríamos que el Sr. Burgos nos explicase qué es lo que entiende por medidas prosódicas. No es este el único lugar en que se le trasluce menos conocimientos, de la prosodia y metros antiguos de lo que corresponde á un traductor de Horacio.

Resumiendo nuestro juicio, decimos que la obra de D. Javier de Burgos es una imperfectísima *representación* del original. Ella nos da ciertamente las ideas, y aun por lo general las imágenes, de que aquel delicadísimo poeta tejió su tela; mas en cuanto á la ejecución, en cuanto al estilo, podemos decir, valiéndonos de la expresión de Cervantes, que sólo nos presenta el envés de una hermosa y rica tapicería. Justo es también añadir que, considerada como un *auxilio* para

facilitar la inteligencia del texto, para dar á conocer el plan y carácter de cada composición, y para hacer más perceptibles sus primores, la conceptuamos utilísima. Es una débil traducción, y un excelente comentario.—*Andrés Bello*.

(Se imprimió esta crítica en el *Repertorio Americano*, tomo III; Londres, Bossange, Barthés y Lowell, 1827, tomo III.)

Bello hizo nuevas observaciones sobre la segunda edición del *Horacio* de Burgos en 1844. Amunátegui da á conocer las más importantes en su prólogo al volumen VI de la edición chilena de las *Obras completas* de Bello, primero de los *Opúsculos literarios y críticos*. Desgraciadamente no pasan de las primeras odas del primer libro.

